Benavides (Antonio)
El precio de la gloria

Valparaiso, 1875

EL PRECIO DE LA GLORIA

DRAMA

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

M. ANTONIO BENAVIDES.

VALPARAISO:
IMPRENTA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

1875.



EL PRECIO DE LA GLORIA

DRAMA

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

M. ANTONIO BENAVIDES.

VALPARAISO:

IMPRENTA DEL MERCURIO

DE TORNERO Y LETELIER.

1875.

PERSONAJES.

GALILEO.

NICCOLINI.

ANTONIO.

ASCOLI. BENTINGLIO. CREMONA. ONOFRIO. GESSI. VEROSPI. GINETTI.	CARDENALES.

FAMILIARES DEL SANTO OFICIO, FRAILES, SOLDADOS, UJIERES, etc.,

La escena en Roma. Convento de Minerva, año 1633.

ACTO ÚNICO.

Celda en el convento de Minerva.—Puertas laterales.—Al foro un altar con crucifijo, etc.—Al pié del altar mesa con recado de escribir, rodeada de siete grandes sillas doradas.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, *éntrando por la izquierda.*

Como siempre devorando
a solas su afan, su pena,
triste, mustio y abatido
en esa mísera celda
donde, quien sabe, mañana
traidora muerte le espera!
Fanáticos enemigos
amenazan su cabeza
y con crueldad inaudita
le mofan y le encadenan.
El que ayer le dió la mano,
para mas baldon y mengua,
diciéndole: "aparta impio,"
hoi le rechaza y execra.
Ni sus canas venerables
ni sus virtudes respetan,
y débil, viejo, enfermizo,
es la víctima indefensa
de miserables pasiones,
de mil bastardas ideas,

de la odiosa inquisicion
y de la ignorancia ciega.
¿Cuál es su delito, cuál,
para que así con fiereza
ultrajen ciegos los hombres
su ancianidad y su ciencia?
¿Por qué? Porque superior
entre todos se presenta,
porque del jenio la llama
en su frente se refleja;
porque lleno de entusiasmo,
formando sublime escuela,
al pobre jénero humano
la luz, la verdad le muestra;
porque la envidia falaz
en nuestra mísera tierra
todo con su impuro aliento
lo corroe o envenena;
porque el torpe fanatismo,
que nada ve ni penetra,
llevando sobre los ojos
de la ignorancia la venda,
solo ensalza al ignorante,
rebaja al hombre que piensa...

(*Con suma tristeza y bajando a la escena.*)

Ah! por eso, sí, por eso,
en esta cárcel le encierran.

(*Galileo aparece por la izquierda y sigue tras Antonio sin ser reparado por éste.*)

Pobre Galileo, duerme
en tu solitaria celda:
ya te harán justicia un dia
las edades venideras.

ESCENA II.

ANTONIO.—GALILEO.

GALILEO. (Siempre fiel y jeneroso.)
Calla, si alguno te oyera...
ANTONIO. Señor... (*Sorprendido.*)
GALILEO. Antonio.
ANTONIO. No puedo
conformarme con la idea
de veros así arrastrando
tan humillante cadena.
GALILEO. Haces mal; cuando se tiene
satisfecha la conciencia;
cuando el deber se ha cumplido
como yo, ¿crees que llega
a afectar en lo menor
lo que tú llamas cadenas?
No, Antonio; son impotentes
para atarnos todas ellas.
Velas aquí: ¿de qué sirven?
para apresar la materia;
bïen... mas el pensamiento
libre en su vuelo se eleva
entre las nubes al cielo,
pues Dios quiso en su grandeza,
al darle la vida al hombre
con su mano justiciera,
el espíritu divino
separar de la materia...
No, no importa que altanero
el hombre cegado quiera,
débil, raquítico, enano,
poner diques a la idea,
si en su pequeñez sumido

al intentarlo no piensa
que lo mismo que ambiciona
su impotencia manifiesta.
Ya ves, Antonio; orgulloso
puedo arrastrar mi cadena...
Yo los perdono.

ANTONIO. Señor,
admiro tanta grandeza.

GALILEO. (*Vacilando.*) Dame la mano, no puedo...
sostenme...

ANTONIO. (Su mano tiembla.)
¿Qué teneis?

GALILEO. Nada... no sé.
El ambiente de esta celda
me mata. Dame un asiento.

(*Antonio le acerca una silla.*)

ANTONIO. ¿Quereis que el médico venga?

GALILEO. No, Antonio; son los achaques
de la vejez.

ANTONIO. Voi...

GALILEO. Espera...
ya pasó.

ANTONIO. ¿Qué fué?

GALILEO. Un mareo,
nada, en fin.

ANTONIO. Señor, franqueza.
¿Por qué al amigo mas fiel
tratais con tanta reserva?

GALILEO. Es que anoche, buen Antonio,
no pude dormir... En vela
una tras otra contando
pasé las horas.

ANTONIO. De véras!
Si no es más...

GALILEO. No más, amigo.

Mira, en la noche serena
se vive de los recuerdos.
En tanto que el mundo sueña,
yo, sentado en mi ventana,
siento que viene parlera
la brisa hasta mí; mi frente,
al pasar, trémula besa,
y sin querer, de mis ojos
triste una lágrima rueda.
Ese llanto es el tributo
que rinde el alma sincera
a las sagradas memorias
de otras épocas amenas;
y al rodar por mis mejillas
las amarguras consuela
de mi vejez, que se apaga
entre zozobras y penas.
Por esa razon el dia
siempre sin dormir me encuentra;
esa es, Antonio, la causa
de que así débil me sienta.

ANTONIO. Pero, señor, cuando más
necesitais vuestras fuerzas...

GALILEO. No temas, no temas nada;
esto mi vida alimenta.
En aquellas horas tristes
de soledad y tinieblas
puedo meditar a solas
en la ciencia y sus grandezas,
sin que los hombres intenten
poner grillos a mi lengua,
porque la frente no doblo
a la adulacion rastrera;
porque no levanto un templo
como el que la turba ciega
hipócrita y ruin levanta

a fanáticas leyendas;
porque...

ANTONIO. Señor, si pasasteis
entera la noche en vela,
dormid un momento al ménos;
recuperad vuestras fuerzas.

GALILEO. (*Con amarga sonrisa.*)
Agradezco tus cuidados,
pero, repito, no temas.
Cuando con falsa alegria
cubre el hombre sus miserias
y el eco de su algazara
por todas partes resuena,
sin que nadie los quejidos
escuche, ni la querella
del que es víctima del crímen,
entónces el sueño venga
mi dolor, tanta injusticia,
y apesar de mis cadenas,
de mis fieros enemigos,
hasta mí plácido llega
y con mano cariñosa
mis cansados ojos cierra.

(*Pausa.*)

ANTONIO. Os sentis mejor?

GALILEO. Sí, a fé:
apesar de que esta iglesia
fúnebre, solo parece
santuario de la tristeza,
con mas libertad respiro.
—Quizá mañana Minerva
Será mi tumba.

(*Se oye ruido.*)

ANTONIO. Silencio!

GALILEO. Se siente ruido, álguien llega.

(*Antonio se dirije a la puerta de la izquierda y observa.*)

ANTONIO. Sí, señor, es un ujier
que apresurado se acerca.

GALILEO. Ve qué quiere.

ANTONIO. Ya está aquí;
trae un pliego.

(*Aparece un ujier con un pliego.*)

GALILEO. Dame; espera.

(*Antonio toma el pliego de mano del Ujier y lo entrega a Galileo.*)

ANTONIO. (Quién sabe si un nuevo insulto
en ese papel se encierra!)
Quereis luz?

GALILEO. No, Antonio, no;
no me hace falta. Es la letra
de Nicolini... mi amigo,
que por mi bien se desvela.
Veamos lo que me dice.

(*Lee.*)

"Ni una esperanza nos queda;
"saboreando su victoria
"el Santo Oficio, sentencia
"que hagais una abjuracion
"o... ya me entendeis..."

(*Interrumpiéndose.*)

La hoguera!
claro está. (*Sigue*) "Valor, amigo;
"abjurar al punto es fuerza
"si no quereis que en el mundo
"quede huérfana la ciencia..."

(*Pausa.*)

¿Dios mio, con que es verdad?
¡Al fin, al fin me condenan!

(*Con resolucion.*)

Bien, me abandono a mi estrella.
Adios, adios esperanza.
¡La abjuracion o la hoguera!
ANTONIO. Atroz disyuntiva.
GALILEO. (*Queda un momento como horrorizado.*)
(*Volviendo en sí.*) Marcha,
dile, por favor, que venga.
ANTONIO. Pero si venir no puede...
GALILEO. Que por mí ya nada tema;
que abjuraré, si el destino
otro arbitrio no me deja.
No tardes.
ANTONIO. Adios. (*Se va.*)
GALILEO (*Al ujier*) y tú
vete ya de mi presencia.
(*El ujier se va.—Galileo sigue leyendo para sí el manuscrito.*)

ESCENA III.

GALILEO.

¿Con que al fin, rival inmundo,
me condenas? No me quejo...
débil, achacoso y viejo
¿qué puedo esperar del mundo?
(*Con amargura.*)
Cuando se han visto pasar
esas horas de la infancia
Cual de una flor la fragancia,
como la espuma del mar;
y de esas horas divinas
el recuerdo queda apénas,
como del mar las arenas
y de la flor las espinas;
cuando la helada vejez

viene con saña importuna
y se llena una por una
las dichas de la niñez,
entónces, sin los destellos
de ese sol puro, naciente,
cuando está mustia la frente
y están blancos los cabellos;
cuando con planta indecisa
el viejo va caminando
y el niño le ve, pasando,
con maliciosa sonrisa...
entónces, cuando la suerte
por esa senda nos lanza,
solo queda una esperanza...
bendita sea la muerte!

(*Transicion.*)

Urbano, Urbano, ¿qué mal
te hice yo para que así
cebes tu rigor en mí?
¿Cuál es mi delito, cuál?
Si te es odiosa mi vida,
dale pábulo a tu encono;
mátame, yo te perdono
con el alma agradecida;
mas no con torpes anhelos
quieras así en tu locura,
que viva en triste clausura
ave que aspira a los cielos.
Vamos, vamos, corazon,
has el esfuerzo postrero
y enséñale al mundo entero...

(*Se dirije hácia la izquierda, y en ese momento aparece el cardenal Ascoli.*)

ASCOLI. Guárdeos Dios.

GALILEO. ¡La inquisicion!

(*Saluda al cardenal con un movimiento de cabeza.*)

ESCENA IV.

GALILEO.—EL CARDENAL ASCOLI.

Bien venido.
ASCOLI. Galileo:
el supremo tribunal
de la santa inquisicion,
que sobre la tierra va,
con solícito cariño,
enseñando la verdad
a los seres estraviados
en el camino del mal,
en vuestra importante causa
hoi acaba de fallar...
GALILEO. ¿Me condena?
ASCOLI. Te condena;
la sentencia escucharás
en este mismo recinto
donde los jueces vendrán...
GALILEO. (*Interrumpiéndolo.*)
Nada teme de los hombres
quien no delinquió jamas.
¿Qué importa que me condenen
sin justicia mi piedad,
si mi conciencia tan pura
como los cielos está;
si puedo mi frente altiva,
de Dios hasta el tribunal,
cuando me condena el hombre,
orgulloso levantar?
ASCOLI. Calla, que tu labio impuro
no manche la claridad
de ese nombre inmaculado
del Dios que invocando estás.

GALILEO. Teneis razon; no he pasado
como vos ante el altar
las horas de mi existencia
lleno de místico afan,
ni he respirado el ambiente
de la vida secular.
(*Con voz solemne.*)
Yo he vivido en otro mundo;
como el águila rëal,
he cruzado los espacios
sin temer la tempestad,
y vagando en sus rejiones
en alas del huracan;
mas cerca que vos he visto
ese Dios grande, inmortal;
yo le he adorado de hinojos
en mas espléndido altar:
entre las diáfanas nubes
de la vasta inmensidad.
No como vos ante el mundo
lo he querido presentar
lleno de egoismo y rábia,
ni lo he esplotado jamás.

ASCOLI. Reprime, reprime, anciano,
tu impía temeridad;
repara el santo recinto
que hoi un albergue te da,
y no agraves más tu causa
con tu intento criminal,
si no quieres que un castigo
grande, terrible, ejemplar
caiga sobre tí.

GALILEO. Repito:
quien no delinquió jamas,
nada teme de los hombres.

ASCOLI. ¿Y el tormento?

GALILEO. Me dará
dura muerte, bien lo sé,
mas de aquí no apartará...
Pero qué digo, Dios santo!
Mis palabras olvidad;
yo tengo perdido el juicio...
ASCOLI. (Al fin se doblega ya.)
GALILEO. Decid, decid al instante
al supremo tribunal,
que ya su sentencia acato
sumiso como el que más;
que reconozco mi crímen,
mi herejía, mi impiedad;
que tenga de mí clemencia;
que soi un loco de atar.
ASCOLI. Bien, Galileo.
GALILEO. (Dios quiera
que no sea tarde ya.)
ASCOLI. Prepárate, pues, que luego
el consejo ha de llegar,
GALILEO. Estoi listo.
ASCOLI. Yo en su nombre
te vine a ver...
GALILEO. Bien está.
ASCOLI. Para que estuvieras listo
esa sentencia a escuchar;
me retiro confiando
en la divina bondad
y en que dejará tu alma
la errada senda del mal;
y que justo, arrepentido,
por el mundo cruzarás
ensalzando las virtudes,
difundiendo la verdad.

(*El cardenal Ascoli presenta una mano a Galileo, y éste la estrecha con frialdad.*)

GALILEO. (Manos besa el hombre...)
(*Niccolini y Antonio aparecen por la derecha.*)
NICCOLINI. (Ah!)
ANTONIO. (Señor...)
NICCOLINI. (Calla, calla, Antonio.)
GALILEO. Adios, pues.
ASCOLI. Con él quedad. (*Se va.*)
(*Niccolini y Antonio no se dejan ver por el Cardenal.*)
GALILEO *Sigue con la vista al Cardenal.*)
Pobre humanidad! un dia
a comprender llegarás
que estos hombres ominosos
no tienen ciencia ni altar.
(*Galileo se sienta como fatigado por la conmocion. Niccolini y Antonio quedan hácia atras en segundo término.*)

ESCENA V.

GALILEO.—NICCOLINI.—ANTONIO.

NICCOLINI. Triste está.
ANTONIO. Pobre!
NICCOLINI. En su frente
Pálida, mustia, abatida,
bien se trasluce la herida
que su noble pecho siente.
¡Cuánto ha envejecido, cuánto
en dos dias!
ANTONIO. Oh! Señor!
a solas con su dolor
vierte raudales de llanto.
No lo veis?
NICCOLINI. En nada advierte.
ANTONIO. Llora.

NICCOLINI. Llora! Desgraciado!

GALILEO. (*Enjugándose las lágrimas.*)
Héteme aquí abandonado
al capricho de la suerte,
como la débil barquilla
que voga en la mar airada
y queda al fin sepultada
entre la bruma sencilla.

NICCOLINI. Nó, Galileo. (*Bajando a la escena seguido de Antonio, que se va por la izquierda.*)

GALILEO. Señor!

NICCOLINI. Te engañas.

GALILEO. Dadme los brazos.
(*Se abrazan.*)
Ah! qué dulces son los lazos
del amigo, el protector.

NICCOLINI. No todo muere, en verdad,
porque el jenio y el talento
junto a Dios tienen su asiento
por toda una eternidad.

GALILEO. Ah! señor... ¿Qué dice Urbano?
Sacadme de esta zozobra;
decidme...

NICCOLINI. Tiempo te sobra
para saberlo.

GALILEO. ¿Fué en vano
vuestro ruego?

NICCOLINI. Mi influencia
fué nula.

GALILEO. Yo agradecido...

NICCOLINI. Aun todo no se ha perdido.

GALILEO. Quiero saber mi sentencia.

NICCOLINI. Aun la ignoro; solo sé
que quiere la Inquisicion...

GALILEO. Mi muerte?

NICCOLINI. Tu abjuracion.
GALILEO. Entonces... abjuraré.
NICCOLINI. Urbano, al verme, esclamó
altivo: "De Galileo
es inútil el deseo;
no puedo ampararlo yo;
de sus falsas opiniones
el veneno va cundiendo,
y es necesario..."
GALILEO. Ya entiendo...
NICCOLINI. "Sus necias aspiraciones
castigar con mano airada
condenando su doctrina,
porque a la esencia divina
ofende su ciencia osada;
que del hombre la mision
en el mundo es predicar
la virtud, es enseñar
de Cristo la relijion,
no con falaces errores
alucinando al creyente..."
GALILEO. Basta, señor.
NICCOLINI. Mi alma siente
acrecentar tus dolores,
pero es fuerza, noble amigo,
ocurrir a la firmeza.
Valor.
GALILEO. Es ¡ai! mi cabeza
un volcan.
NICCOLINI. Firmeza, digo.
GALILEO. Imposible.
NICCOLINI. No ha de ser.
GALILEO. Por el destino abatido,
viejo tronco carcomido,
qué firmeza he de tener?
(*Con melancolia.*)

NICCOLINI. Basta, pues.
GALILEO. Gracias, señor;
dadme a besar vuestra mano.
NICCOLINI. Galileo.
GALILEO. Sois...
NICCOLINI. Tu hermano
y tu amigo.
GALILEO. Este favor
que debo al amigo fiel,
cómo pagar?...
(*Se va a arrodillar, y Niccolini no lo permite.*)
NICCOLINI. Galileo,
levántate; mi deseo
es verte feliz.
GALILEO. Ah! cruel
quiso el destino inclemente
amargar de mi existencia
las horas.
NICCOLINI. Mas tu conciencia
está pura; alza la frente,
preséntate al mundo ufano,
y dí con altanería:
la venda que ayer cubría
tus ojos, jénero humano,
yo desgarré; yo el primero
fuí quien con ciencia segura
pude enseñarte en la altura
de los astros el sendero,
y con acierto profundo...
GALILEO. (*Interrumpiéndole.*)
Señor, señor, no sigais,
porque revelando estais
que no conoceis el mundo.
(*Con amargura.*)
Si se anhela en la rejion
de los hombres ser dichoso,

¡amarga lei! es forzoso
prescindir de la razon;
es necesario cubrir
con mil flores el abismo
y dejar que el mundo mismo
vaya al abismo a morir;
es necesario olvidar
aun la ternura del niño,
la relijion, el cariño,
nuestra madre, nuestro altar;
ser a todo indiferente,
insensible a los clamores,
endiosar a los señores,
deprimir al indijente;
ir con hinchada arrogancia
a los débiles hollando
y por diosas proclamando
la ingratitud, la ignorancia;
no tener para el hermano
ternura ni compasion,
desterrar del corazon
todo sentimiento humano;
ir con careta dorada
cubriendo la hipocresía,
enlodar con lengua impía
la virtud acrisolada;
no respetar el santuario
donde mora la inocencia,
y disfrazar la impudencia,
con la toca del Calvario;
ser indiferente al lloro,
tener por lei egoismo,
por conciencia servilismo,
por Dios el becerro de oro...
(*Pausa.*)
Ya veis, la conciencia mia

pura está, y alzar la frente
no puedo, porque inclemente
el mundo la escupiria;
que yo no quise nutrir
con su sávia mi existencia;
yo quise amar a la ciencia,
voi el pago a recibir;
sí, por esto se me encierra
en este rincon sombrio...

NICCOLINI. Galileo...

GALILEO. Amigo mio,
ya no hai justicia en la tierra!

NICCOLINI. (Pobre! no puede un momento
su corazon jeneroso
soportar...)

GALILEO. Cielo piadoso,
tú que ves mi sentimiento...
(*Alzando las manos hácia el cielo.*)

NICCOLINI. Vamos, vamos...

GALILEO. Oh! señor,
nada hai mas triste en la vida
que ver la planta crecida
morir al brotar la flor.
(*Se oye una campana.*)

NICCOLINI. ¿Esa campana?

GALILEO. Es que al coro
van los padres.

NICCOLINI. Debe ser
mui tarde.

GALILEO. ¿Teneis que hacer?

NICCOLINI. Sí, Galileo; yo imploro
tu induljencia.

GALILEO. Siendo asi
nada digo.

NICCOLINI. Está advertido;
el consejo reunido

pronto ha de venir aquí;
ten calma, sé mui prudente;
de lo contrario tu vida
está amenazada; cuida...
Ve que Urbano es inclemente...
Valor, valor.

GALILEO. Lo tendré.

NICCOLINI. No temas.

GALILEO. No temo, nó.

NICCOLINI. Abjura.

GALILEO. Abjuro, que yo
quiero vivir; viviré.

NICCOLINI. Ya parto; voi donde Urbano.

GALILEO. ¿Qué decis, vais?

NICCOLINI. Otra vez
a implorar voi a sus pies
tu libertad.

GALILEO. Es en vano.
Esperais acaso vos
que Urbano?

NICCOLINI. Todo se alcanza...

GALILEO. Decidme vuestra esperanza.

NICCOLINI. (*Con fé relijiosa.*)
Pues bien, mi esperanza es Dios!
—Una vez que aquí de hinojos,
ante el santo tribunal
abjures, yo de tu mal
quiero calmar los enojos.
Le diré a Urbano:—Señor,
quien de veras se arrepiente
y en tierra dobla la frente
abjurando del error,
es digno de la piedad
de los hombres.

GALILEO. Es mui justo.

NICCOLINI. Sed jeneroso y augusto,

volvedle la libertad.
—Me prometes que en el dia
Saldrás de Roma?

GALILEO. Sí, sí,
Yo quiero salir de aquí,
porque esta atmósfera fria
de indiferencia me mata.
Léjos de Roma, do el sol
brille con mas arrebol
entre su disco de plata;
donde libre el pensamiento
en su rápida carrera
pueda de esfera en esfera
perderse en el firmamento,
y de los astros en pos
llegar en vuelo atrevido
al alcázar escondido
de las grandezas de Dios.

NICCOLINI. Cuánto gozo al verte así
resignado. Ya te dejo.

(*Dándole la mano.*)

GALILEO. Qué quereis, al pobre viejo
le queda la calma aquí.

(*Señalando el pecho.*)

NICCOLINI. Adios, pues; no he de tardar.

GALILEO. Adios, señor, os espero.

(*Siguiendo con la vista a Niccolini que sale por la derecha.*)

Aquí en el silencio quiero
mis ideas coordinar.

(*Niccolini aparece otra vez en el umbral de la puerta como buscando a alguna persona. Galileo no observa en él.*)

ESCENA VI.

GALILEO.

Se acercan los momentos temerosos
en que de ánimo dar debo el ejemplo...
Mi abjuracion exijen... nada importa!
contrariar de este mundo yo no debo
la universal creencia, únicamente
por revelar incógnitos misterios...
Acertar solo, dicen que es delito,
errar con todos les parece acierto.
(*Con risa nerviosa.*)
¿Por qué, Dios mio, hiciste que mi mente,
rasgando los espacios, en su vuelo
viese el globo rodar, quedando fijo
el espléndido sol sobre su centro?
¿Por qué yo solo el privilejio gozo
de conocer la lei del universo?
Yo no lo sé, Señor; ante tus aras,
a todo resignado me prosterno.
Que vengan mis terribles enemigos:
tu lei sagrada escudará mi pecho,
y en secreto la antorcha de la ciencia
trasmitiré a los siglos venideros.
La fé impulsa mi espíritu anhelante
y me abre del espacio los senderos;
nada me arredra si su luz divina
alumbra mi camino. Nada temo.
(*Lijera pausa.*)
La hipócrita impiedad nos asegura
que declinar del sol la luz se siente,
que se enfria la tierra lentamente
y la estrella de Venus no fulgura.
Que chocando otros globos en la altura

convertida en escombros, de repente
nuestra tierra caerá, y de su jente
ni una memoria quedará segura.
No me arredran ¡oh Dios! esos clamores
que para herir la santa fé a porfía
lanzan sin vacilar tus detractores,
pues aunque el mundo pereciera un día,
de pié sobre sus ruinas, sin temores,
confiado en tí, Señor, te esperaría.
(*Sale. Niccolini baja a la escena.*)

ESCENA VII.

NICCOLINI.

Cuanto me aflijo al mirar
el mortal abatimiento
que así lo devora....

ESCENA VIII.

NICCOLINI.—GINETTI.

GINETTI. Hermano,
en donde está Galileo?
NICCOLINI. En su celda.
GINETTI. (*Dirijiéndose a la celda de Galileo.*)
Entónces...
NICCOLINI. (*Deteniéndolo.*) Nó,
no le interrumpais. Al ménos
dejad que un instante solo
goce de dulce sosiego,
ya que tantos sinsabores
le brinda el destino adverso.
GINETTI. (*Con disgusto.*)

Es, hermano, que mui pronto
ha de venir el consejo
a leerle su sentencia.

NICCOLINI. Ya lo sé.

GINETTI. Y como el tiempo
es preciso aprovechar...

NICCOLINI. Todo, señor, lo comprendo.

GINETTI. Voi, pues...

NICCOLINI. Yo os pido, señor,
que no desecheis mi ruego;
está débil, há dos dias
que con pertinaz empeño
su enfermedad se acrecenta,
y va de aumento en aumento
su decadencia. Hoi, señor,
estar tranquilo y sereno
necesita; de otro modo
no tendrá fuerzas ni alientos
para abjurar.

GINETTI. Si es así,
es justo vuestro deseo;
pero es fuerza que a sus manos
hagais llegar este pliego.

(*Le entrega un pliego. Aparece Antonio por la derecha y se detiene en el umbral esquivándose a la vista de Ginetti.*)

NICCOLINI. Sí, señor,

GINETTI. Entónces puedes
seguir guardando su sueño.

NICCOLINI Gracias, gracias.

GINETTI. Si está listo
a comparecer el reo,
y de sus delitos todos
está convicto y confeso,
nada tengo aquí que hacer.
Adios, Niccolini.

NICCOLINI. Espero
pagar, señor, algun dia
tanta bondad.
GINETTI. Yo no puedo
ser jamas indiferente
al encarecido ruego
de un amigo.
NICCOLINI. Gracias, gracias.
GINETTI. Adios, pues.
(*Hace una réverencia y sale.*)
NICCOLINI. Adios. (Perverso.)

ESCENA IX.

NICCOLINI.—ANTONIO.

ANTONIO. Venida tan importuna...
NICCOLINI. Mas demos gracias a Dios
que libres al fin nos vemos
de su presencia.
ANTONIO. Señor...
NICCOLINI. No me interrumpas, Antonio;
escucha con atencion
lo que tengo que decirte
porque al instante me voi
donde Urbano. La esperanza
del todo no pierdo, no,
de volver a Galileo
la libertad.
ANTONIO. Sí! que Dios
os dé luz.
NICCOLINI. Tengo en la corte
valimiento; con razon
una vez que sepa Urbano
que Galileo abjuró,

espero que me conceda
esta gracia, este favor.
ANTONIO. Corred, corred y que el cielo
quiera escuchar vuestra voz.
NICCOLINI. Si acaso la ceremonia
antes de que vuelva yo
tiene lugar, no lo dejes
a solas con su dolor;
cuando uno está solo, Antonio,
mayores las penas son.
ANTONIO. Nada teneis que decirme.
NICCOLINI. Ya sé que eres noble.
ANTONIO. Oh!
sacrificára mi vida
por ahorrarle un sinsabor,
pues nada en el mundo existe
mas grato a mi corazon
que su persona.
NICCOLINI. Sí, sí;
nada temo ya; me voi,
que no hai tiempo que perder.
ANTONIO. De aquí no me aparto yo;
corred, volad al momento
y que os ilumine Dios.
(Acompaña a Niccolini hasta la puerta de salida: hablan bajo y Niccolini la entrega el pliego.)

ESCENA X.

ANTONIO.

Este es mi puesto; de aquí
nadie me podrá mover;
libres los dos o el consuelo
al menos alcanzaré
de seguir su suerte; nada,

nada me arredra, pardiez.
Ah! si la ingrata fortuna
hoi quiere con saña cruel
cavar su tumba, la mia
cave a su lado tambien,
que nada quiero del mundo
si lo debo yo perder.

(*Se oye un canto relijioso.*)

¡Qué tristes cantos, Dios mio!
Otros dias escuché
esas fúnebres plegarias
sin conmoverme talvez,
pero hoi no puedo, no puedo
escucharlas como ayer
sin que asomen a mis ojos
las lágrimas en tropel.

(*Observando por la izquierda.*)

Nada se oye; quizá duerme
lleno de esperanza y fé
soñando alcanzar ufano
coronas para su sien,
miéntras fúnebres salmodias
entonando están por él,
que al despertar de su sueño
la realidad ha de ver.

(*Observa por la derecha.*)

Ese séquito sombrio
hácia aquí viene: tal vez
Llegó el instante supremo.

(*El canto se hace mas perceptible.*)

Se acercan. Le entregaré... (*Alude al plie-
go que le dió Niccolini y se va.*)

ESCENA XI.

LOS CARDENALES ASCOLI, BENTINGLIO, CREMONA, ONOFIO, GESSI, VEROSPI, GINETTI, FRAILES, SOLDADOS, UJIERES, FAMILIARES DEL SANTO OFICIO, ETC.

ASCOLI. Venid hermanos.
CREMONA. Que el cielo
ilumine nuestra mente.
GESSI. En dónde está el delincuente?
ASCOLI. Esperad. Busca consuelo
en la paz, en el reposo
de su celda solitaria,
donde alza triste plegaria
al Dios Todopoderoso.
BENTINGLIO. Pobre loco!
VEROSPI. ¿De su suerte
le acobardan los rigores?
CREMONA. ¿Se espanta de sus errores?
ASCOLI. No teme su alma la muerte.
Ya vereis en su semblante,
por el dolor abatido,
que aun no se halla arrepentido...
(*Se sienta a la cabecera de la mesa. Los demas cardenales ocupan las otras sillas. Los frailes, familiares, etc. los rodean.*
Lo veremos; adelante.
(*Firma en un papel que se supone ser la sentencia a que alude el diálogo.*)
Firmad la sentencia. (*A Bentinglio.*)
BENTINGLIO. Sí. (*Firma.*)
(*La sentencia pasa de mano en mano y cada cardenal firma a su vez.*)
CREMONA. Justo es que sufra su pecho

todos los males que ha hecho
con su ciencia baladí.
ONOFIO. No haya piedad.
GESSI. Desgraciado. (*Firma.*)
Firmad vos. (*A Verospi.*)
VEROSPI. No haya clemencia,
que la humana intelijencia
tiene un límite marcado,
y el hombre, la criatura,
no puede en su loco anhelo
desgarrar el tosco velo
de su pobre vestidura.
Vuestra firma. (*A Ginetti.*)
GINETTI. Firmo, hermano.
Aun faltais, hermano, vos. (*A Onofio.*)
ONOFIO. Firmo en el nombre de Dios,
como que soi fiel cristiano.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—GALILEO *viene apoyado en Antonio y el Ujier que salió momentos ántes; trae un papel en la mano.*

ASCOLI. (*A Cremona.*) Veis? el paso vacilante,
Incierto el mirar...
CREMONA. (Es cierto.)
ANTONIO. (Animo, señor.)
GALILEO. (No temas;
con muchas fuerzas me siento;
mi espíritu no desmaya.)
Un asiento (*Se sienta.*)
GESSI. (Pobre viejo.)
VEROSPI. (Da pena, da compasion
y escita a la par desprecio.)
(*Pausa.*)

GALILEO (*con voz conmovida.*)
Aquí estoi, ¿qué me quereis?
¿Cuál es mi crímen?
ANTONIO. (Yo tiemblo.)
GALILEO. Me acusais?
ASCOLI. Hablar le toca
al tribunal el primero.
GALILEO. Bien; escucho.
ASCOLI. La arrogancia
está de más os prevengo.
Ahora podeis levantaros,
y hablad con mas miramiento.
Vuestro nombre?
GALILEO. Qué! mi nombre?
lo conoce el mundo entero.
ANTONIO. Señor, señor... (*Suplicando.*)
ASCOLI. Responded;
vuestro nombre?
GALILEO. Galileo.
ASCOLI. Ah! no teneis apellido;
(*A los cardenales*) consignadlo en el proceso.
GALILEO. (Con armas de doble filo
quieren desgarrar mi pecho.)
ASCOLI. Para el reo que se obstina
en querer guardar silencio
(*Con intencion.*)
hai un remedio eficaz;
¿no adivinais el remedio?
¿Insistis en ocultarnos
vuestro nombre verdadero?
ANTONIO. (*Suplicando.*)
Ah! responded, responded.
GALILEO. (*Haciendo un notable esfuerzo.*)
Yo me llamo Galileo
Galiley; nací en Florencia...
FINETTI. Al fin racional os vemos.

Ascoli. ¿Confesais ser el autor
de estos libros?
(*Le entrega ùnos libros y unos papeles.*)
Galileo. (*Despues de haber recorrido los libros, etc.*
Sí; confieso.)
Ascoli. Mirad las acusaciones
que alli consigna el consejo
y decid si algo teneis
que alegar en favor vuestro.
Galileo. (*Lee un momento para sí y despues, como a un impulso secreto, lee alto.*)

Decir que el sol es centro del mundo, y que permanece allí inmóvil en su rotacion sobre sí mismo, es una proposicion absurda y falsa en filosofía: ademas, es formalmente herética, supuesto que espresamente es contraria a la Sagrada Escritura. Decir que la tierra no es el centro del mundo y que, lejos de permanecer inmóvil, se mueve por un movimiento diurno, es igualmente una proposicion absurda, falsa en filosofía, y considerada, desde el punto de vista teolójico, por lo ménos contraria a la fé. (1)

(*Lijera pausa. Galileo lanza una risa nerviosa sin poderse contener. Aparece Niccolini, derecha.*)
Nada tengo que decir;
estoi convicto y confeso.
(*Cruza los brazos.*)
Ascoli. Entónces de tus errores
abjurarás, Galileo.
Galileo. (*Abstraido.*)
Dios mio, tú que adivinas
del hombre hasta el pensamiento...
Antonio. (*Con tierna solicitud.*)
Estais al pié de un abismo,
haced, haced un esfuerzo.
Ascoli. Esperamos tu palabra.
(*Gran silencio.*)
Galileo. Escuchadme. (*Se levanta y lee*) Galileo...

(1) *Histórico.*

ASCOLI. De rodillas.
GALILEO. ¿Yo?
ANTONIO. (*Suplicando.*) Señor...
ASCOLI. Yo lo mando.
NICCOLINI. (*Presentándose a Galileo.*)
Yo lo ruego.
(*Galileo toma valor al ver a Niccolini; se arrodilla y lee con pausado acento:*)

Yo, Galileo Galilei, florentino. hijo de Vicente Galilei, de 70 años de edad, constituido personalmente en juicio y de rodillas ante vosotros, eminentísimos y reverendísimos señores cardenales. inquisidores jenerales de la república cristiana contra la herética pravedad, teniendo ante mis ojos los Santos Evanjelios que toco con mis propias manos, juro que siempre he creido, creo y con la ayuda de Dios creeré siempre todo cuanto cree, predica y enseña la Santa Iglesia Católica y Apostólica Romana.

Pero en atencion a que, aunque se me hubo ordenado formalmente por este Santo Oficio y aun jurídicamente comunicado por el mismo tribunal a que abandonase enteramente la falsa opinion que enseña que el sol es el centro inmóvil del mundo y que la tierra no lo es, y que se mueve; atendido que, aunque se me hubo prohibido el creer, defender o enseñar en adelante dicha falsa doctrina de cualquiera manera que ser pudiese, bien sea verbal o por escrito; atendido que, sin tener en cuenta la manifestacion que se me habia hecho, a saber: que dicha doctrina repugnaba a la Santa Escritura, he creido y dado a la estampa un libro en el cual trato de la misma doctrina ya condenada, trayendo en su apoyo argumentos de gran fuerza sin saber, sin haber dado no obstante ninguna solucion; es justo que se me considere vehementemente sospechoso de herejía, por haber creido y tenido por cierto que el sol es el centro inmóvil del mundo y que la tierra no lo es y que ella se mueve.

En su consecuencia, queriendo principalmente borrar de la mente de vuestras eminencias y de todo cristiano católico la violenta sospecha de herejía de que estoi con justicia convencido, abjuro, maldigo y detesto con un corazon sincero y una fé recta los susodichos errores y herejías, y jeneralmente cualquier error, secta o contrario a dicha santa iglesia, y juro que en lo venidero no daré ni afirmaré jamas nada, bien verbal o bien por escrito, que pueda dar lugar contra mí a la menor sospecha de este jénero; que al contrario, que si conozco algo de herejía, lo denunciaré a este Santo Oficio, al inquisidor o al ordinario del lugar donde me halle.

Prometo ademas y juro observar y cumplir escrupulosamente todas las penitencias que me son o me serán impuestas por este Santo Oficio.

Que si llegase a faltar, lo que Dios no permita, a la menor de mis dichas promesas, protestas y juramentos, me someto de antemano a todas las penas y torturas que los sagrados cánones y otras constituciones particulares o jenerales han pronunciado y promulgado contra los delincuentes de esta especie y asi Dios me ayude y sus Santos Evanjelios que toco con mis propias manos.

Yo Galileo Galilei, supradicho, he abjurado y me he irrevocablemente obligado como queda dicho. En fé de lo cual he estampado de mi propia mano mi presente firma al pié de esta abjuracion, que he repetido palabra por palabra.

Hecho en Roma en el convento de Minerva, a 22 de junio del año 1633. (Firma.) (1)

(*Hablado.*) Yo, Galileo Galiley, de mi propia mano, he abjurado como arriba.

(*Vuelve la cara hácia Niccolini y conteniendo las lágrimas le dice rápidamente.* E PUR SI MUOVE.)

ASCOLI. El supremo tribunal
queda de vos satisfecho.

GALILEO. Luego ya libre, ya libre
respirar el aire puedo?

ASCOLI. Aun te falta que purgar
algunos males que has hecho.

GALILEO. Qué decis?

ASCOLI. En una aldea
de Florencia estareis preso
un poco de tiempo más.

(*Galileo se lleva las manos al pecho, se siente vacilar y Niccolini y Antonio le sostienen.*)

NICCOLINI. Yo seré tu carcelero
ya que obtener no he podido
tu libertad.

ANTONIO. Vuestro sueño
Solícito velaré

(1) *Histórico.*

Pero qué teneis?
GALILEO. (*Tocándose el pecho.*) ¿Qué es esto?
Amigo... Antonio... las fuerzas
me abandonan...
(*Los cardenales rien a grandes carcajadas al ver el desconcierto de Galileo.*)
NICCOLINI. (Ah! perversos!
gozad, gozad vuestro triunfo.)
GALILEO. (*Con voz apagada.*)
E pur si muove.
NICCOLINI. Silencio.
GALILEO. Asesinos, os perdono. (*a los cardenales.*)
(*a Nicolini y Antonio.*)
Adios! adios! (*Espira.*)
NICCOLINI. Está muerto!
(*Niccolini y Antonio se echan a llorar; ambos besan con respeto las manos de Galileo. Los cardenales cesan de reir y todos ellos rodean el cadáver examinándolo con cierto gozo que no pueden disimular.*)
ASCOLI. Es lástima!
VEROSPI. Lo sentimos.
GINETTI. Era un hombre de talento.
ANTONIO. Cómo! despues que cobardes
le habeis desgarrado el seno
y que la mofa y ludibrio
le habeis de los hombres hecho,
sobre sus yertas cenizas
venis a quemar incienso?
NICCOLINI. (*Con solemnidad*).
Solo se puede en el mundo
comprar la gloria a ese precio!

(*Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.